

Palacio del Tribunal de La Haya para arbitrajes internacionales, propuesto por el zar Nicolás II y costeado por el financiero e industrial norteamericano Andrew Carnegie.

Esfuerzos pacifistas y alianzas políticas de fin de siglo

La conciencia internacional se manifestó raramente antes del final del siglo XIX. La Iglesia internacionalizó la cultura en la Edad Media en la Europa occidental, pero el deber del hombre para con el hombre, sólo por ser tal, no se ha sentido profundamente hasta la época presente. El Evangelio –como siempre– da la norma: el samaritano que en la carretera de Jerusalén a Jericó se detiene para curar al judío herido es más su compatriota que el judío que pasa rezando y no le atiende. Sin embargo, la filantropía sin fronteras es algo nuevo en el mundo.

Se recuerda, como un precedente histórico, que los caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén se agregaron a las cruzadas para cuidar de los heridos –y siendo las cruzadas empresas internacionales, la Orden debió de tener también aquel carácter–. Pero es dudoso que los caballeros de San Juan hubiesen curado a los prisioneros mahometanos, caídos en poder de los cruzados, con el mismo celo con que cuidaban a los cristianos, que es precisamente la norma aplicada por la moderna Cruz Roja. A mediados del siglo XIX, incluso para los ejércitos naciona-



Florence Nightingale, por J. Borret (National Portrait Gallery, Londres). Esta joven inglesa fue la primera enfermera militar que como tal intervino en una acción guerrera, la campaña de Crimea.

les, el servicio sanitario estaba enteramente descuidado. Fue una sensacional novedad que una jovencita inglesa, con unas cuantas compañeras, marchara en 1855 a Crimea a curar a los heridos y enfermos del ejército expedicionario. Florence Nightingale es una figura inmortal sólo por haber partido de ella la iniciativa de marchar, la primera en la Historia, a hacer de enfermera militar. Se la conocía por la *Lady with the Lamp,* porque iba de noche a través de las tiendas del campamento con su lámpara de aceite a aliviar el sufrimiento de los heridos o a darles palabras de consuelo.

La Sociedad Internacional de la Cruz Roja tiene también un origen novelesco. Después de la batalla de Solferino, en el año 1859, más de 40.000 heridos quedaron abandonados en el campo de batalla. Eran días de gran calor y de lluvia, y el espectáculo lamentable de aquellos desdichados impresionó dolorosamente a un joven ginebrino que había asistido como espectador al combate, desde el lugar de Castiglione. Se llamaba Henri Dunant y su nombre merece ser recordado como uno de los bienhechores de la Humanidad. Dunant organizó en Castiglione, sin que nadie se lo encomendara, un servicio de salvamento; ayudado por los campesinos de los alrededores recogió heridos en los establos y cobertizos de las granjas vecinas.

A su regreso a Ginebra, Dunant publicó un libro que, como *La cabaña del Tío Tom,* estaba destinado a ser más que un éxito de librería. Lleva el modesto título de *Un recuerdo de Solferino.* Después de describir en páginas de vivo realismo lo que había visto en aquel campo de batalla, Dunant pedía (con candor que parecía infantil) la creación, en todos los países, de comités de socorro para los heridos en las guerras; pedía además que fuesen respetados por el enemigo y considerados neutrales, ya que no podrían atacar ni defenderse. Quizá sin saberlo, aplicaba la doctrina de Grocio, quien, en el siglo XVII, al teorizar sobre las relaciones internacionales en paz y en guerra, había afirmado que "el enemigo desarmado y vencido no debe ser maltratado, puesto que ya no es un combatiente, sino un simple ser humano".

El libro de Dunant, sin profundizar tanto ni invocar "la ley natural", "el derecho de gentes", "la filosofía natural", ni otros postulados jurídicos de ética filantrópica, impresionó la imaginación precisamente por su simple espontaneidad. En Ginebra no tardó en tomarse en serio la sugerencia de aquel moderno samaritano, y se formó un "Comité de Cinco" (en él figuraban dos médicos), encargado de llevar a la práctica las ideas de Dunant. En un principio se limitó a proponer la "formación de cuerpos de voluntarios, que sirviesen como enfermeros en los ejércitos de cada país", esto es, la misma idea que había tenido Florence Nightingale.

Dunant, entusiasmado ante la inesperada aceptación que obtuvo su iniciativa, recorrió varios países europeos con objeto de interesar a sus respectivos gobiernos en la realización de su proyecto. Ya en Francia obtuvo el apoyo de Napoleón III, quien, como causante de la vergüenza de Solferino, debía tener presente en su imaginación el espectáculo de los 40.000 heridos abandonados en el campo. El Comité de los Cinco cambió su nombre por el de Comité Internacional y consiguió que se reuniera en Ginebra un congreso de diplomáticos de dieciséis países, en el cual se redactó la famosa Convención de 1864 "para mejorar la suerte de los militares heridos de los ejércitos en campaña". Es un texto cortísimo, de diez artículos, que cabría en menos de dos páginas de este libro. En él se establece ya que "las ambulancias y hospitales militares serán considerados neutrales y como tales protegidos y respetados por los beligerantes" (Art. 1); que "el

personal sanitario participará de los beneficios de la neutralidad" (Art. 2); que "los militares heridos o enfermos serán recogidos y cuidados sin distinción de la nación a que pertenezcan"; "los que sean reconocidos como inútiles para el servicio serán enviados a sus respectivos países" (Art. 6).

La Convención de Ginebra, adoptada después por cincuenta y cinco naciones, señala indudablemente el principio de una nueva era de humana comprensión. Ratificada en el año 1906, con aclaraciones que aumentaron a treinta y tres el número de artículos, en 1929 se sometió a una revisión, saliendo de ella su actual reglamento, en el que no se disminuye, sino que más bien se acentúa el espíritu de humanidad que informa a la Cruz Roja, y se concretan sus actos. Ya la Convención de 1906 subrayaba "que no son sólo los heridos, sino también los cadáveres de los caídos, los que exigen el cuidado del enemigo". "Después de cada combate, el que quede en posesión del campo de batalla... procederá al entierro de los muertos, procurando que el sepelio vaya precedido de un examen detenido de los cadáveres" (Art. 3). "Enviará, en cuanto pueda, a las autoridades de cada país las marcas y documentos susceptibles de coadyuvar a la identificación de los muertos, la lista de los heridos y enfermos que haya recogido" (Art. 4). "Recogerá los papeles y objetos de valor de los muertos en el campo de batalla y de los que murieron en los establecimientos sanitarios, y los transmitirá a las autoridades de sus respectivos países para que los hagan llegar a manos de los familiares" (Art. 4).

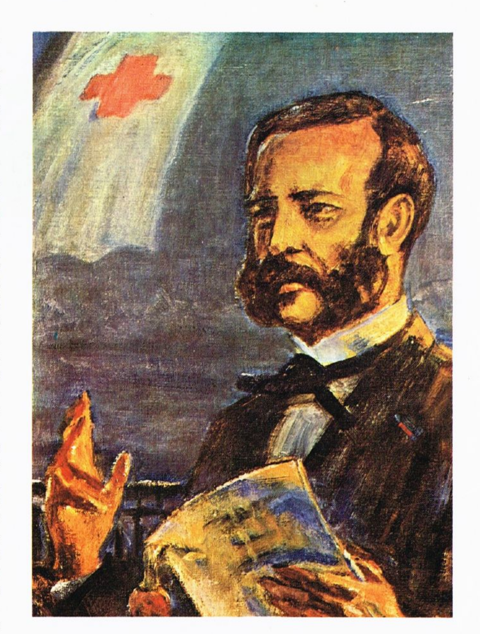
No hay por qué decir que "los enfermeros y médicos que queden con los heridos serán considerados como neutrales" (Art. 8), pero se consigna además que "durante el tiempo que estuvieren en el campo enemigo, recibirán de éste [el enemigo] el mismo trato y sueldo que reciben los de igual grado en su propio ejército" (Art. 13). No ya Grocio, sino incluso ni el propio Rousseau se hubieran atrevido a pedir que un beligerante costease los gastos de curación de sus enemigos.

En 1901 recibió Dunant el premio Nobel de la Paz. Ginebra se vio honrada con el artículo 18 de la Convención de 1906, que dice: "Como homenaje a Suiza, la bandera con una cruz roja sobre fondo blanco (inversión de los colores de la bandera federal) será el emblema y signo distintivo del servicio sanitario en todos los ejércitos". Esta cruz no debe considerarse como un símbolo religioso, puesto que la Sociedad de la Cruz Roja ha tenido gran empeño en ponerse al margen de todo interés religioso o político; sin embargo, Turquía se reservó (y se le concedió) el empleo de la media luna roja, y Persia ha insistido en ostentar un león rojo en vez de la cruz, y Egipto ha optado por el símbolo del sol rojo. En Rusia, como algunos soviets son más o menos mahometanos, se emplean los dos emblemas: la cruz y la media luna, pero ambos en rojo sobre fondo blanco.

La Cruz Roja Internacional se compone en la actualidad de Sociedades Nacionales enteramente independientes, una para cada país, con representación en la Alianza Universal de la Cruz Roja, cuya sede está en Ginebra. Es una feliz y eficaz combinación de nacionalismo e internacionalismo.

Como la Convención de 1906 no precisaba nada respecto de la guerra marítima, en 1907 se reunió en La Haya otro Congreso internacional que redactó una Convención protegiendo los buques hospitales, las enfermerías en los buques de guerra y el personal sanitario.

Hasta aquí se había tratado de aliviar los sufrimientos de los heridos en campaña; pero ya en 1907 la Convención de La Haya atendió a la suerte de los prisioneros de guerra con acuerdos internacionales como el siguien-



Henri Dunant, fundador de la Cruz Roja, por Fritz Behn (Liga de las Sociedades de la Cruz Roja, Ginebra). Habiendo presenciado la batalla de Solferino y comprobado el triste estado en que quedaban los heridos, Dunant organizó un servicio de salvamento y después propuso la creación en todos los países de comités de socorro para los heridos de guerra.

LOS PROBLEMAS DE LA CRECIENTE COMPETENCIA INTERNACIONAL

Cuando, pasados ya los primeros años de la segunda mitad del siglo XIX, el movimiento que en 1780 inició la Revolución Industrial en Inglaterra había conseguido hacer prosperar las novedades del industrialismo (revolucionando el sistema de producción en calidad y en cantidad) y dado paso al poder creciente del Gran Capitalismo y, con él, al de los mecanismos de la economía financiera, muchos ingenuos "bienpensantes" creyeron que no sólo Occidente, sino el mundo entero había entrado por unos caminos de prosperidad y de bienestar que, finalmente, no podían hacer otra cosa que conducir a una prolongada y, de hecho, perenne era de paz y de armonía en todas las zonas del mundo. En todo caso, como escribirían, incluso entrado ya el presente siglo, ingenuos conservadores como Prat de la Riba, las ventajas técnicas y económicas del industrialismo, al fortalecer la acción nacionalista de las grandes potencias, otorgarían una orientación bienhechora a sus actividades imperialistas, al dedicarse los avanzados y ricos pueblos civilizados, los pueblos industrializados, a promover –más o menos paulatinamente– la felicidad, el progreso y el aprendizaje cultural de los pueblos salvajes o bárbaros, sujetos a la "benéfica" vigilancia de Occidente a través de los protectorados o las colonias.

La práctica de la vida económica, los acontecimientos sociales internos y los conflictos internacionales de diverso tipo, etcétera, se cuidaron muy pronto de demostrar lo ilusorio y sofístico de tales creencias y pretensiones. De modo especial, con el desarrollo creciente de las técnicas del industrialismo y la manifestación clara de las orientaciones inequívocas del Gran Capitalismo se pusieron de manifiesto no sólo los problemas de las luchas sociales internas (patentes en el seno de cada país y tendentes a vincular internacionalmente, a través de la acción de muy concretos y determinados movimientos y corrientes, a los grupos de militantes obreros revolucionarios), sino además, y muy especialmente, la compleja serie de tensiones y problemas que creó, de forma más o menos aparatosa, la competencia internacional en los mercados. La base de la cuestión, el punto de partida de la problemática apuntada es, por otra parte, algo muy fácil de comprender y de situar: la revolución del industrialismo, que se multiplicó de forma importante e innecesaria. Ello hizo imprescindible no sólo el recurrir a mil modos distintos de fomentar o incitar el consumo de productos que hasta entonces no habían sido considerados como básicos o imprescindibles, sino además la competencia más o menos dura, viva, violenta y conflictiva por el control de mercados. Así los empresarios de un determinado país mantenían una especie de "monopolio" o "privilegio efectivo de venta" en sus respectivas fronteras, lo cual era mucho más grave y significativo por introducirse y controlar con medios de todo tipo (buques de guerra, intervenciones militares...) los mercados exteriores.

De esta forma, en las últimas décadas del siglo XIX, que coinciden con el auge de nacionalismos e imperialismos, se contempla prácticamente como la "pacífica" y "armoniosa" idea del librecambismo conduce en la práctica a una feroz guerra por el control de mercados que, al poner de manifiesto los complejos y graves problemas que a lo ancho de todo el planeta crean las luchas económicas de una creciente competencia internacional, dibujará cada vez más con mayor claridad los problemas tan magistralmente tratados por autores como Schumpeter y las características feroces de individualismo económico que presiden el desarrollo del capitalismo.

De hecho, pues, en lugar de la paz y la fraternidad universales, temas tan insistentemente machacados y repetidos por los doctrinarios del liberalismo, la realidad incuestionable e irreversible de los nuevos fenómenos económicos iba dibujando nuevos, complejos y amenazadores problemas, especialmente originados por la creciente competencia económica, que creaba problemas nacionalistas e imperialistas: luchas por el control y monopolio de primeras materias, por el dominio de mercados, etc.

En primer lugar, siguiendo los autorizados datos de la O.N.U. y de personalidades como C. M. Cipolla y V. Paretti, el mundo experimentó durante cruciales décadas de la segunda mitad del siglo XIX y las primeras del presente siglo cambios sustanciales en la producción, como los siguientes:

MILLONES DE TONELADAS			
Año	Carbón	Lignito	Petróleo
1860	132	6	–
1870	204	12	1
1880	314	23	4
1890	475	39	11
1900	701	72	21
1910	1057	108	45

MILES DE MILLONES DE MEGAVATIOS/HORA	
Año	Fuerza hidroeléctrica
1860	6
1870	8
1880	11
1890	13
1900	16
1910	34

que se traducen en equivalentes de millones de megavatios/hora de electricidad (añadidos los procedentes en las primeras décadas del presente siglo) del siguiente tipo:

Año	Carbón	Lignito	Petróleo
1860	1057	15	–
1870	1628	30	8
1880	2511	58	43
1890	3797	97	109
1900	5606	179	213
1910	8453	271	467

Año	Fuerza hidroeléctrica	Gas natural
1860	6	–
1870	8	–
1880	11	–
1890	13	3,8
1900	16	7,1
1910	34	15,3

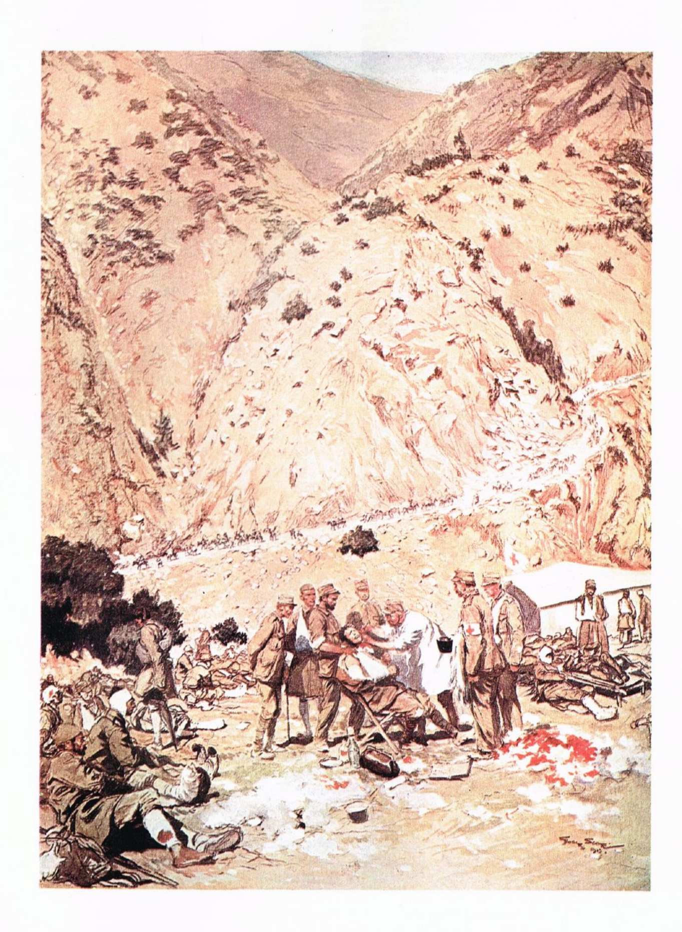
Las anteriores cifras, en todo caso, darían idea de un progreso armónico en todo el mundo si el crecimiento en la producción de energía se hubiera efectuado de forma equilibrada y proporcional en todo el planeta. La realidad, insistimos, fue muy distinta, tal como puede comprobarse rápidamente a través de la simple comparación de algunos datos referidos a algunos países del mundo, de entre los cuales se excluyen expresamente los típicamente coloniales. Los datos referidos sólo a unos pocos países y para un período muy cercano a la primera Guerra Mundial son evidentemente muy significativos no sólo respecto a las desigualdades de control de primeras materias y de capacidad de producción, sino a la secuela lógica que ello había de representar en la panorámica general de la competencia internacional. Así, mientras toda Europa occidental (con grandes potencias como Gran Bretaña, Alemania y Francia) aumentaban su producción a unos determinados ritmos, es posible observar fácilmente, por ejemplo, el caso de los Estados Unidos, tomando como patrón o pieza clave el número de habitantes.

	Volumen-índice de producción general industrial (con índice 100, en 1938)	
Año	Europa occid.	EE. UU.
1903	44	35
1910	69	66

	Millones de habitantes		Volumen-índice de producción "per cápita" (EE. UU. 100 = 1935)	
Año	Europa occid.	EE. UU.	Europa occid.	EE. UU.
1903	195	77,6	37	74
1910	216,6	97,2	81	109

Los datos expuestos en líneas generales son de por sí suficientemente elocuentes y serían todavía más significativos si (junto al bajo nivel de vida de los países coloniales o sujetos a un imperialismo más o menos desarrollado) diésemos referencias respecto al aumento de población de las grandes potencias (y en especial de sus enormes ciudades) y disminución de la población ocupada en la agricultura, a los kilómetros de carreteras y vías férreas, consumo de alimentos, educación, diversiones, disfrute de vivienda, combustible, luz, mobiliario, etc., en los mencionados países desarrollados.

A. J.



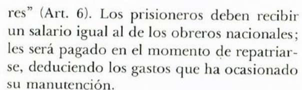
Actuación de la Cruz Roja en la guerra de los Balcanes, según acuarela de G. Scott (Museo del Ejército, París).

El palacete de la Alianza Internacional de la Cruz Roja en Ginebra, e inscripción que recuerda que es la cuna del Comité Internacional de la Cruz Roja, fundado en 1863.





te: "Los prisioneros de guerra corresponden al gobierno enemigo, pero no a los individuos ni a los ejércitos que los han capturado. Deben ser tratados con humanidad. Todo su ajuar personal, excepto armas y documentos militares, deben respetarse como de su propiedad" (Art. 4). "El estado puede emplear los prisioneros de guerra como obreros, según su grado y aptitudes, con excepción de los oficiales. Los trabajos no serán excesivos ni relacionados con las operaciones milita-



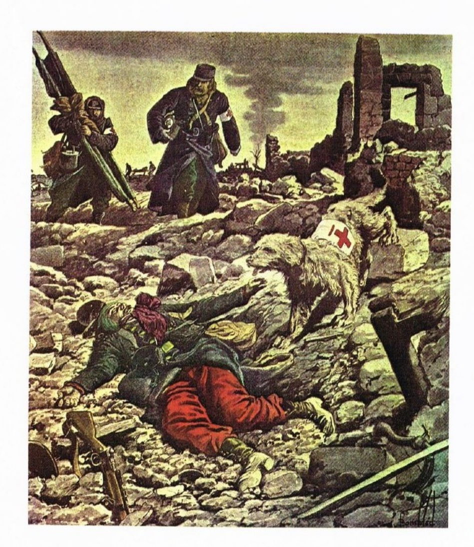
res" (Art. 6). Los prisioneros deben recibir un salario igual al de los obreros nacionales; les será pagado en el momento de repatriarse, deduciendo los gastos que ha ocasionado su manutención.

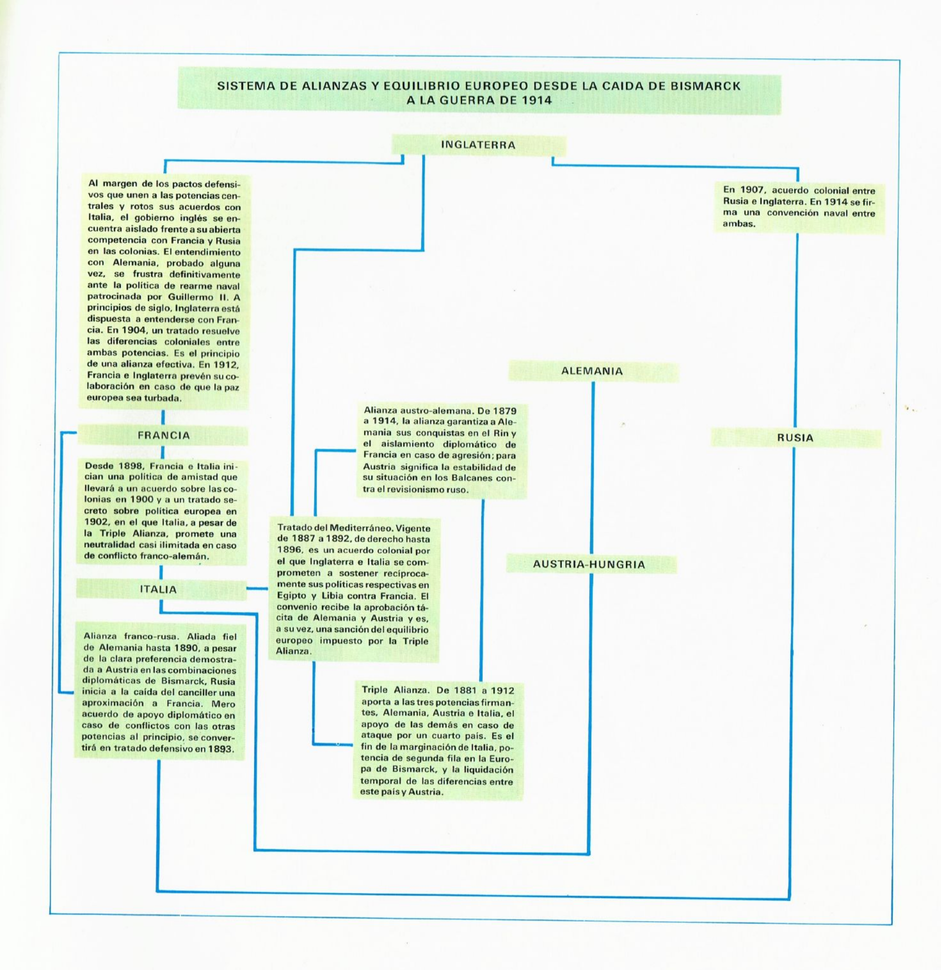
Más tarde, en una Convención de Ginebra de 1927, se precisó cómo debían ser los campos de concentración de prisioneros; que la ración alimenticia debía ser la misma que la de las tropas nacionales; que debía permitirse a los prisioneros fumar, comunicarse con sus familias, recibir provisiones y gozar de plena libertad en materia de religión. Por fin, "los beligerantes facilitarían pasatiempos intelectuales y deportivos a los prisioneros de guerra" y "las sociedades de socorro podrían enviar colecciones de libros a las bibliotecas de los campos de concentración" (Art. 17).

Ya por este camino, el humanitarismo no podía detenerse. Después de disminuir las consecuencias dolorosas de la guerra, tenía que procurarse humanizar la guerra misma. Con el protocolo internacional de 1925, las naciones firmantes (la mayoría de las naciones de Europa), "considerando que el empleo de gases asfixiantes y tóxicos, lo mismo que el de materias líquidas análogas, ha sido justamente condenado por la opinión general del mundo civilizado", y con objeto de hacer acto de reconocimiento de esta prohibición, incorporándola en la jurisprudencia internacional, como impuesta a la conciencia y práctica de las naciones, "declaran que reconocen esta prohibición y convienen en hacerla extensiva al uso de sustancias bacteriológicas". Es decir, renuncian a la guerra química y a la guerra infecciosa. A estas prohibiciones siguió la de proscribir el bombardeo de ciudades indefensas y el maltrato a ancianos y niños; se prescribió además guardar "el honor debido a las mujeres".

El lector habrá leído la mayoría de estos

En la primera Guerra Mundial, la Cruz Roja tuvo papel destacadísimo en la atención a los heridos y prisioneros. En algunos casos empleó perros para la búsqueda, en el campo de batalla, de soldados heridos.





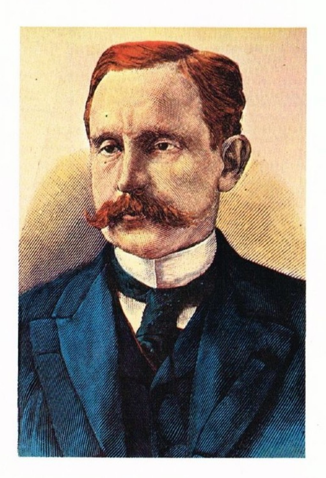
artículos de la nueva disciplina internacional con cierta complacencia, pero, de seguro, con gran escepticismo acerca de su observancia en la práctica. Sin embargo, los protocolos y convenciones reflejan una tendencia hacia el internacionalismo que había de acentuarse en las postrimerías del siglo XIX. Burócratas y diplomáticos, acorazados contra el sentimentalismo, al redactar aquellos artículos hicieron por lo menos literatura humanitaria, reconocieron, siquiera fuese sobre el papel de los protocolos, que los vencidos tienen ciertos derechos, que existe en el mundo civilizado un criterio de humanidad y que hay que tener en cuenta "la conciencia de las naciones".

Habiéndose empezado por tratar de humanizar la guerra, pronto debía manifestarse necesariamente una corriente de opinión para suprimirla enteramente. Dejamos por

Aquí arriba, una visión retrospectiva de la guerra futura, según los alemanes, en que ya se emplean cañones contra lo que se creía una arma terrible: los dirigibles. A la derecha, Paul Balluat d'Estournelles de Constant (Biblioteca Nacional, París), uno de los apóstoles pacifistas infiltrados en la reunión en La Haya de la conferencia de paz convocada por el zar. Fue premio Nobel de la Paz en 1909.

demasiado remotos los esfuerzos que realizaron pensadores aislados durante la Edad Media, "para convertir las espadas en arados", pero no podemos dejar de mencionar el libro *Proyecto sobre la paz universal,* del gran filósofo alemán Kant, publicado en 1785.

En época reciente, el primer grito de guerra a la guerra fue el libro de la baronesa austríaca Bertha von Suttner, titulado *¡Abajo las armas!* Aparecido en 1889, de estilo sencillo y con la amenidad de una novela sentimental, su efecto fue comparable al del libro de Dunant. Durante los diez años que siguieron al de su publicación se formaron varios grupos para intensificar la campaña contra la guerra y se adhirieron a la cruzada grandes escritores como Victor Hugo, Tolstoi, Björnson, Strindberg, Renan, Sécrétan y otros muchos. En el año 1897 se concertó un primer proyecto de arbitraje para resolver las diferencias entre Inglaterra y los Estados Unidos, cuyo texto revela, sin embargo, la timidez y casi pánico con que las dos naciones iban a ensayar aquel nuevo método, que según los pacifistas había de acabar con las guerras. El tratado, que no llegó a firmarse, da la impresión de que los gobiernos contratantes retiran con una mano lo que acaban de entregar con la otra. Sólo cuando los jueces de ambas partes, esto es, ingleses y



americanos, estén de acuerdo en los puntos que han sometido a arbitraje, su sentencia será obligatoria para ambas naciones. Y a pesar de esta condición de unanimidad entre los jueces, el tratado de arbitraje aconsejado por el presidente Mac Kinley en su discurso inaugural fue rechazado por el Senado de los Estados Unidos. Ni en el papel se consentía por entonces disminuir la posibilidad de la guerra.

Un famoso libro del banquero rusopolonés J. S. Bloch, *La guerra futura,* publicado en 1888 en Rusia y traducido después a todas las lenguas, produjo una sacudida análoga a la del libro de la baronesa de Suttner. Bloch profetizaba la guerra interminable de trin-

EL PRECARIO Y ARTIFICIAL APOGEO DEL "FIN DE SIÈCLE"

Se ha escrito y se ha hablado insistentemente –y no sin sólidos argumentos en favor de tales conclusiones– de que, en el seno del liberalismo económico, el juego, sin tregua ni piedad, de la competencia y la concurrencia entre las distintas ramas de la producción y del control mercantil debían conducir necesariamente al monopolio o a situaciones muy próximas a él.

El desarrollo fabuloso de las posibilidades derivadas del Gran Capitalismo, especialmente a través del aprovechamiento productivo y tecnológico que, a partir de la Revolución Industrial iniciada en Gran Bretaña alrededor de 1780, había ido efectuando a lo largo del siglo XIX los avances formidables del industrialismo, había transformado radicalmente la imagen externa e incluso la mentalidad de los países occidentales, beneficiarios de tales mejoras. Máxime cuando al despliegue de posibilidades del Gran Capitalismo, del aprovechamiento de los aumentos de productividad y de perfeccionamiento tecnológico del industrialismo se habían añadido en muchos estados, en mayor o menor escala, los beneficios obtenidos por las prácticas imperialistas de diverso tipo y especialmente por el auge de la colonización.

En pocas décadas, las ciudades habían aumentado, ostensible y aparatosamente algunas de ellas, el número de habitantes; núcleos de reducida población y de mediana importancia habían crecido de forma extraordinaria gracias a la existencia en sus alrededores de carbón, hierro u otra materia prima "rentable" o a su situación "estratégica" como nudo de comunicaciones (carreteras, ferrocarriles, puertos), que favorecían el desarrollo de determinadas industrias o su condición como privilegiado centro de comercialización.

Todo, en fin, parecía en principio que las realizaciones del liberalismo económico, multiplicando la riqueza, lograrían un bienestar para todos y la "armonía" tan soñada por los teóricos del siglo XVIII y principios del XIX. Sin embargo, y tal como de forma cruel y brutal se cuidó de demostrar la primera Guerra Mundial, entre 1914 y 1918, la crisis del liberalismo económico se iba acentuando a medida que crecían las realizaciones del capitalismo industrial y financiero. Y ello era debido fundamentalmente al hecho de que en el sistema del liberalismo económico la competencia y la concurrencia conducían rápidamente a la concentración económica. En el sistema abierto de mercado, la lucha entre industrias y empresas pequeñas y medias no podía, en definitiva, resistir la acción prácticamente todopoderosa de la gran empresa o de la concentración de empresas.

De este modo, paulatina, insensiblemente casi, se fue pasando del sistema de producción y comercialización, más o menos disperso o desparramado, en diversos países (tras el hundimiento de las viejas estructuras del sistema artesanal-tradicional del Antiguo Régimen) a unas nuevas realidades en las que el sistema de producción y las redes de comercialización se habían concentrado de una forma extraordinaria, ya sea a través de la aglutinación de las empresas dedicadas a producir determinadas manufacturas, ya a través de su diversificación en ciertas actividades productivas (pero controlando la parte del león de la producción total de las diferentes manufacturas), ya a través de la aglutinación y concentración de empresas dedicadas a la producción y de las que cuidaban de su distribución comercial, todo ello sin olvidar las conexiones –crecientes y sumamente importantes– entre los grandes y poderosos bancos y centros de inversión con las colosales, enormes empresas de producción y comercialización.

A la hora de la verdad, pues, los propietarios de pequeñas e incluso medianas empresas (al igual que sucedió antaño con los modestos talleres de los maestros artesanales) descubrieron que no tenían medios realmente eficaces para competir en precios, cantidad, calidad y rapidez en el mercado con los grandes centros económicos, que controlaban efectivamente la vida económica en todos sus aspectos (producción, comercio, etc.). La pequeña y la mediana empresa debían dejar paso –les gustase o no– al predominio y la hegemonía de las grandes empresas. De la dispersión se había pasado paulatinamente a la concentración y, con tal motivo, a la época dorada de la "era de los monopolios".

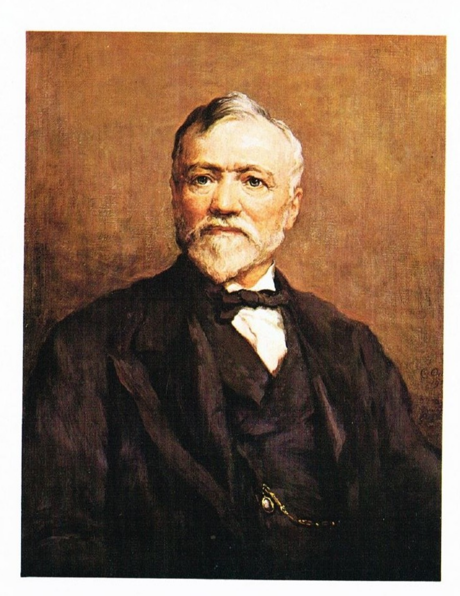
De hecho, el tan traído y llevado período conocido con el nombre de *fin de siècle* coincide con el auge de los fenómenos de concentración señalados, al propio tiempo que con una depresión finisecular iniciada en 1886 (de modo que, en la práctica, las tan cacareadas excelencias del período *fin de siècle* sirven de biombo o de pantalla que, de hecho, cubre momentos sumamente críticos de la economía capitalista, exactamente igual que ocurriría más tarde con los denominados "felices veinte", que no hicieron otra cosa que esconder al público el proceso de crisis que había de conducir a la depresión y al *crack* de 1929).

En realidad, la exagerada fastuosidad de la época de *fin de siècle*, con sus grandes y rutilantes faros de atracción en las superpobladas urbes de Londres, París, Berlín, Viena, Leningrado, Nueva York, Chicago, etc., con el lujo que se manifestaba no sólo en esas ciudades, sino en otras capitales o grandes centros de población tales como Madrid, Barcelona, Milán, Roma, Manchester, Liverpool, Washington, etc., no era otra cosa que un fantástico y extensísimo escaparate que pretendía hacer olvidar, que trataba de "distraer" a grandes masas de población ante problemas de raíz económica cada vez más complejos (y que al poner, de forma fundamental, en entredicho los principios que habían animado el liberalismo económico, afectarían profundamente, años más tarde, a otras modalidades y facetas del complejo credo liberal).

Todavía más: tras la máscara de la fastuosidad y de la frivolidad del *fin de siècle* se encerraba otra faceta que tendría, pocos lustros después, trágicas consecuencias. Nos referimos a la lucha entre los monopolios. Una lucha que no se contentaría con dominar el mayor número de zonas de un determinado mercado nacional y de sus más o menos extensas y controladas zonas adyacentes de tipo colonial o paracolonial (el colonialismo político no fue ni sigue siendo el único existente; hay y en ocasiones se muestra como mucho más barato y rentable también una variada y matizada serie de formas de colonización económica), sino que trataría de imponer la hegemonía de ciertos monopolios, de una concreta y determinada potencia política, a otras potencias. Unos monopolios de diversos países se enfrentarían, más o menos latentemente, a monopolios de otros estados. De esta forma, el imperialismo adquiriría su máxima expresión.

Los estados, surgidos del éxito de la Revolución burguesa y que entre 1870 y 1880 habían contemplado la instalación consolidada de la gran burguesía en el poder, iban pasando, de sus primitivas y simples funciones de policías del nuevo orden constituido, a instrumentos con buques de guerra, etc., a la conquista de nuevos mercados y, lo que sería más grave todavía, a instrumentos en manos de los grandes monopolistas, que no deseaban compartir determinadas zonas del mercado internacional con otros monopolistas extranjeros. El *made in England* o el *made in Germany*, etc., deberían entrar en una feroz contienda para decidir el control decisivo de unos mercados que las doctrinas librecambistas habían definido ingenuamente como libres y abiertos para todos. En tal estado de cosas, a nadie podría extrañar que a la artificial fastuosidad y frivolidad del *fin de siècle* siguiese –a los pocos años de haberse iniciado el presente siglo– la trágica conflagración que entre los años 1914 y 1918 envolvió a casi todos los países del mundo y que conocemos con el nombre de primera Guerra Mundial.

A. J.



Andrew Carnegie, rey norteamericano del acero, que fundó la "Donación Carnegie para la Paz" y construyó a sus expensas el palacio del Tribunal de La Haya.

Testament

Jag undertecknad Alfred Bernhard Nobel förklarar härmed efter moget betänkande min yttersta vilja i afseende å den egendom jag vid min död kan efterlemna vara följande:

Paris den 27 November 1895

Alfred Bernhard Nobel

Testamento ológrafo de Alfred Nobel, en el que establece un legado para la "Fundación" que lleva su nombre y que instituye, entre los cinco premios anuales que aquélla otorgaría, uno para la paz.

cheras, seguida de la catástrofe económica para vencedores y vencidos. Uno de los que tomaron en serio las predicciones de Bloch fue el zar Nicolás II. Por su iniciativa, el ministro de Relaciones Exteriores, Muraviev, dirigió una comunicación a los embajadores de las diferentes naciones declarando que convendría reducir los armamentos, que son una carga para todas las naciones. Añadía que "el gobierno imperial ruso creía que el momento actual era favorable para estudiar, en una conferencia internacional, los medios más eficaces de asegurar a todos los pueblos los beneficios de una paz real y duradera". Esta conferencia "sería un feliz presagio del siglo que iba a comenzar. Recogería en un haz poderoso los esfuerzos de todos los estados que quisiesen sinceramente hacer triunfar la gran concepción de la paz universal contra los elementos de desorden y discordia. Consagraría los principios de equidad y de derecho sobre los que deben descansar la seguridad de los estados y la felicidad de los pueblos".

En esta comunicación parece revivir, si no el espíritu, por lo menos el estilo místico y genial del zar Alejandro I, iniciador de la Santa Alianza. La invitación rusa fue acogida con entusiasmo, más afectado que sincero, por los gobiernos europeos. La primera parte, la reducción de los armamentos, les parecía peligrosa; la segunda, el arbitraje, era sencillamente insensata, a juicio de los políticos. El ministro francés Delcassé, que en este asunto estaba enteramente de acuerdo con el ministro alemán, comunicó a éste sus intenciones en estos términos: "Para evitar que la Conferencia sea un fracaso completo, acaso tendremos que hacer algunas concesiones por lo que toca al arbitraje, pero estas concesiones no deben en manera alguna limitar la independencia de las grandes potencias. Debemos, de todos modos, satisfacer al zar y a la opinión pública europea, que se manifiesta muy agitada después de este paso, poco meditado, de los rusos". A la comunicación de Delcassé el emperador Guillermo II le puso una concisa nota marginal: "Sin concesión en lo del arbitraje".

En estas condiciones, el paso "poco meditado de los rusos" podía producir escasos resultados. Sin embargo, cuando, en mayo de 1899, se reunieron en La Haya los representantes de veintiséis estados que habían acudido a la invitación del zar, pudo observarse que entre las delegaciones se habían infiltrado algunos apóstoles pacifistas: Léon Bourgeois, D'Estournelles de Constant, Paunceforte, Holls, Asser y Martens llegaban, como de contrabando, en las pomposas comisiones de políticos y diplomáticos. Y como la parte espiritual de la Humanidad flota



Entrevista de los tres emperadores de Alemania, Austria y Rusia en Berlín, en 1872 (grabado de "L'Illustration"). La Liga de los tres emperadores, obra de Bismarck, establecía que cada uno acudiría con 200.000 soldados en ayuda de cualquiera de los otros dos que fuese atacado.

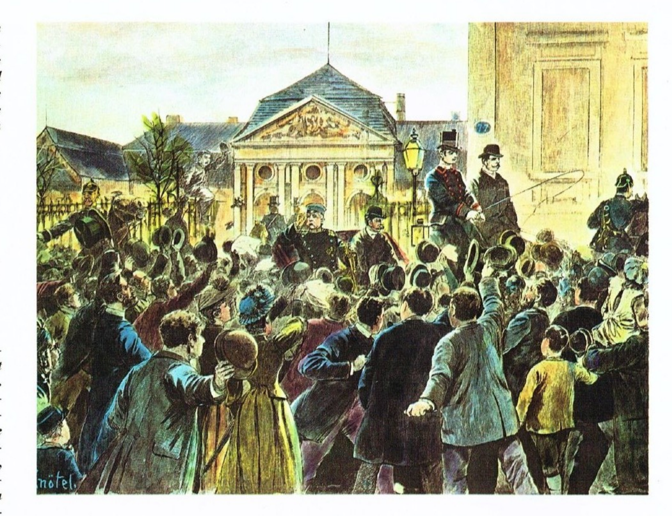
Visita del káiser Guillermo II de Alemania al papa León XIII en 1888 (Biblioteca Nacional, París). La política obrerista del nuevo soberano de Alemania le planteó la dificultad de entendimiento con Bismarck, quien hubo de dimitir dos años después.

siempre sobre la parte somática, inerte y material, aquéllos, los menores, los visionarios, acabaron por influir sobre los oportunistas y conservadores. En La Haya se convino en que la limitación de los armamentos "sería un gran paso para el bienestar moral y material de la Humanidad". Por lo que toca al arbitraje, se reconoció que "es el medio más eficaz para resolver cuestiones de orden jurídico y para la interpretación de convenciones internacionales". La frase, como se ve, se ciñe al terreno jurídico; no trasciende al político ni económico. Luego, como medida de moderación y para suavizar asperezas, se introdujo el artículo 19 de la Convención, que dice: "Las potencias se reservan la facultad de concertar tratados para establecer el arbitraje obligatorio en todos los casos que sea posible". En otras palabras: el arbitraje obligatorio era un derecho, no un deber, y no era universal. Pero se mencionó en el protocolo oficial como algo factible.

Para satisfacer al zar y a la opinión se construyó en La Haya un monumental Palacio de la Paz, pagado por el rey americano del acero Andrew Carnegie, donde se instaló un tribunal que debía servir de árbitro en aquellas disputas para las que las naciones signatarias de la Convención de 1899 le pidieran resolución. Pero, mientras en los años que van del 1899 al 1914 el mundo contem-



Salida de Bismarck de Berlín después de su dimisión (Biblioteca Nacional, París). Tras la separación de Bismarck del gobierno, cesó el tratado de Alemania con Rusia, hecho que empujó a este país hacia la alianza con Francia.



La escuadra francesa del almirante Gervais en Cronstadt (Biblioteca Nacional, París). La oposición de Austria y Rusia en los Balcanes, que llevaría a la última a retirarse de la Liga de los tres emperadores tras la caída de Bismarck, motivó al paso la aproximación franco-rusa, iniciada ya en 1891 con la visita de la escuadra francesa a Cronstadt.

pló con asombro innumerables casos de atropello político y militar..., el Tribunal de La Haya resolvió sólo diecisiete casos de trascendencia insignificante: a quién incumbía pagar los atrasos de los obispos de California, si a México o a los Estados Unidos; el asunto de varios desertores de Casablanca; el de las pesquerías entre Inglaterra y los Estados Unidos; el semiconflicto entre Francia e Inglaterra por la detención de un hindú en territorio francés; el de la indemnización por tres barcos franceses que Italia apresó cuando la guerra con Turquía, y otras bicocas que habrían podido dar interminable quehacer a las cancillerías, pero que de ninguna manera hubieran provocado la guerra.

Sin embargo, el peligro de la guerra y sus consecuencias se hacía cada día más perceptible. Copiamos un párrafo del pacifista francés Romain Rolland en que describe la condición de Europa poco antes del año 1914: "A cada momento podía estallar la guerra. El pretexto más fútil podía servir de excusa. El mundo se sentía a merced de un accidente que desencadenaría el huracán. Hasta en los pacifistas se notaba el sentimiento de la fatalidad. Casi no quedaba más remedio que dejarse resbalar por la pendiente. Y este resbalar es lo que hacían gobernantes y gobernados. La Europa de 1914 era un campo de batalla en víspera de combate".

En medio de esta atmósfera cargada y con la previsión del inevitable desastre, los pacifistas que se habían introducido en todos los parlamentos de Europa formaron, por iniciativa de D'Estournelles de Constant, una Unión Interparlamentaria que se esforzaba en conseguir tratados de arbitraje entre las diferentes naciones, actuando de árbitro el Tribunal de La Haya. El primer tratado de este tipo fue firmado entre Inglaterra y Francia en 1903; por él se convino en llevar al Tribunal de La Haya "aquellas disputas de orden jurídico que no hayan podido ser resueltas por la vía diplomática, siempre que no pongan en peligro los intereses vitales, ni la independencia o el honor de ninguno de los dos estados contratantes, ni de un tercero"... ¡Cuántas reservas! –"disputas de orden jurídico..., independencia, honor...", y no sólo el honor de Inglaterra y Francia, sino el de una tercera nación cualquiera...–. A esto se llamaba pacifismo en el año 1903, y lo peor del caso es que éste era el único pacifismo posible en aquel entonces, lo más que pudieron conseguir D'Estournelles de Constant con sus pacifistas franceses y sir Thomas Barclay con sus pacifistas ingleses.

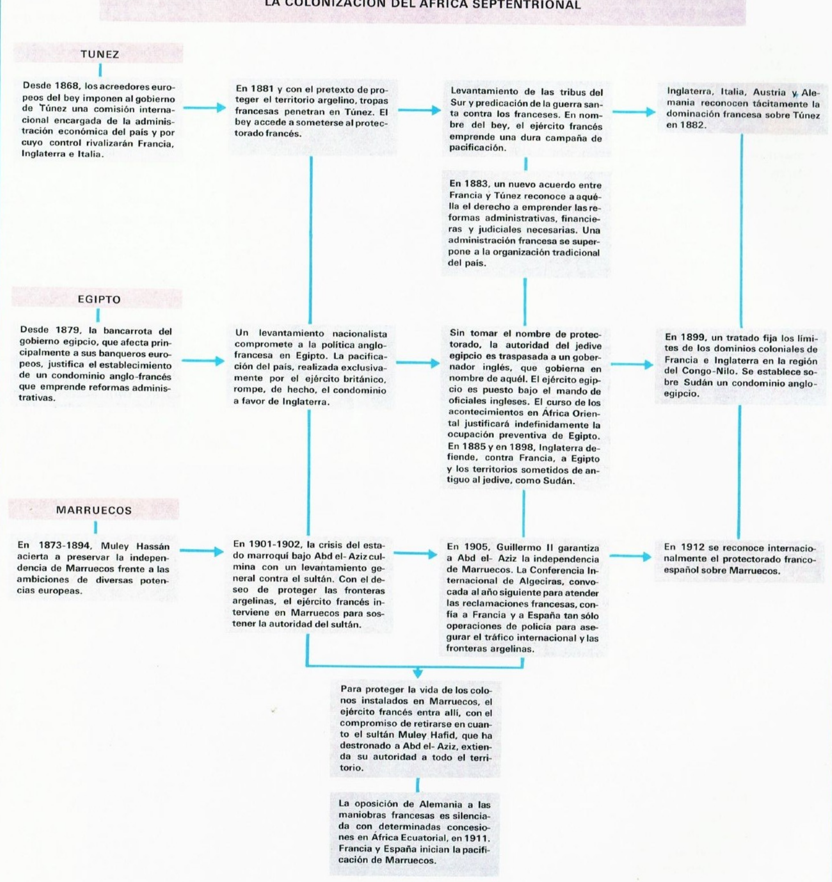
Dos iniciativas privadas señalan, sin embargo, el camino que se iba abriendo la idea de la paz. La primera fue la del sueco Alfred Nobel, el inventor de la dinamita. Nobel se



Grabado que conmemora la visita del zar Alejandro III de Rusia a París en 1891 (Biblioteca Nacional, París). Después del primer tratado establecido entre Rusia y Francia, el propio zar creyó conveniente dirigirse a París, donde fue muy bien recibido e incluso inauguró un puente sobre el Sena que aún se llama de Alejandro.



Estampa editada como símbolo de la amistad franco-rusa tras la visita de la escuadra rusa a Tolón en 1893 (Biblioteca Nacional, París).



dejó influir hacia el pacifismo por la antes mencionada obra de la baronesa de Suttner, a tal extremo, que al hacer testamento (1895) y dejar en él un legado de treinta y tres millones de coronas para la Fundación Nobel, incluyó entre los cinco premios anuales de ésta un Premio para la Paz, que había de adjudicarse a la persona o entidad que durante el año hubiese trabajado con más eficacia en la obra de la paz entre las naciones. El primer premio Nobel de la Paz lo obtuvo en 1901 Dunant, el fundador de la Cruz Roja; los si-

guientes se adjudicaron a Ducommun y Gobat (1902), Randall Cremer (1903), Instituto de Derecho Internacional (1904), baronesa de Suttner (1905), etc. Por lo demás, Nobel, en una de sus cartas, dice que "la guerra divide un país en víctimas y asesinos". ¡Duras palabras para un fabricante de explosivos!

La segunda iniciativa fue la "Donación Carnegie para la Paz Internacional". Carnegie hizo esta fundación en 1910, dotándola de un capital de doce millones de dólares. En la carta que acompaña la entrega de esta suma para promover "una investigación metódica y científica de las causas de la guerra y de los medios más prácticos para evitarla", Carnegie dice que "la guerra es la más infame mancha de nuestra civilización. No nos comemos ni torturamos los prisioneros, ni saqueamos ciudades, sacrificando sus habitantes, pero nos matamos unos a otros en guerra como bárbaros. Sólo las bestias salvajes tienen excusa para ello. En nuestra época la nación que rehúsa el arbitraje es crimi-



Ratificación de la alianza franco-rusa en 1901 por el nuevo zar Nicolás II y el presidente Émile Loubet (Biblioteca Nacional, París).

Entrada de Eduardo VII de Inglaterra en la Ópera de París (Biblioteca Nacional, París). Mientras fue creciendo la enemistad entre Alemania y Gran Bretaña por cuestiones coloniales, esta nación se fue aproximando a Francia hasta desembocar, en 1904, en lo que se llamó "Entente cordiale" entre ambos países.

GRANDES IMPERIALISMOS Y PEQUEÑOS NACIONALISMOS

Las últimas décadas del siglo XIX y los primeros años del presente siglo indudablemente están presididos por el signo de grandes y tremendas contradicciones. En este panorama, sumamente convulso y desigual, no es de extrañar el hecho de que, mientras una serie de grandes potencias ampliaba y consolidaba sus formas imperialistas y expansionistas, a través sobre todo de colonias ubicadas en todos los continentes, surgieran y tomaran particular incremento y envergadura una serie de inquietudes muy distintas y, de hecho, opuestas a lo señalado anteriormente. Inquietudes que, cada vez más, de forma firme y contundente, definían las aspiraciones y reivindicaciones –en algunos casos muy complejas e incluso confusas– de lo que se ha dado en llamar "pequeñas nacionalidades". El mencionado auge contradictorio adquiriría una importancia, un empuje y una virulencia extraordinarios y, a dicha problemática, dedicarían su atención no sólo los hombres de acción, ya en el poder, ya luchando en complejas modalidades de oposición o de conspiración, sino también teóricos e intelectuales tan calificados como Pi y Margall, que en 1876 publicaría su famosa obra *Las Nacionalidades*.

En la práctica, frente al expansionismo y al imperialismo de británicos, alemanes, rusos, franceses, norteamericanos, italianos, austríacos, etc., con sus secuelas coloniales, de extensión mayor o menor, y que constituirían el argumento de "prestigio" (y de consolidación económica) decisivo de los Imperios británico o alemán, de la Rusia de los zares, de las monarquías de Austria-Hungría (asimismo con pretensiones imperiales), de Holanda, Bélgica, Italia, Portugal, España, etc., se iban definiendo cada vez más, ya en las últimas décadas del siglo XIX, los diversos y complejos movimientos de toma de conciencia primero, y de lucha después, en favor de una autodeterminación, una autonomía mayor o menor, de una independencia incluso.

Se trata de la maduración creciente de movimientos iniciados con éxito muchas décadas antes, ya por la acción de los griegos, ya por la iniciativa de los belgas, y que a fines del siglo XIX y principios del presente englobaba fundamentalmente a los checos, los servios, los polacos, los eslavos en general, así como a núcleos tan concretamente significativos como los irlandeses. En conjunto, en la época del imperialismo económico, en el período de florecimiento del gran imperialismo político, unas manifestaciones muy distintas –situadas en el extremo opuesto– de ansias de autonomía e independencia que, conforme al espíritu de la época, es decir, de la herencia individualista del liberalismo, iban surgiendo por doquier; máxime si fenómenos como el de la gran debilidad y la crisis irreversible de alguna potencia, como el antiguo Imperio turco, favorecían tales corrientes y movimientos.

Asiste, pues, el mundo occidental, en las últimas décadas del XIX y primeras del presente siglo, a una serie de fenómenos de evidente interés y trascendencia, ya que no se trataba solamente del movimiento "nacional" de antiguas colonias en América, en Oceanía, etc. (que trataban, de modos distintos, ya de obtener una personalidad política propia, con clara autonomía –fórmula, por ejemplo, que cristalizaría en los "dominios" británicos–, ya de lograr al precio que fuera, de forma plena y definitiva, su independencia y soberanía frente a las metrópolis de las que habían venido o venían dependiendo), y que si en algún caso, como el de Cuba, conseguirían finalmente en 1898 sus propósitos, en otros, como ocurriría con Puerto Rico y Filipinas, el "aprovechamiento" de las inquietudes mencionadas contribuiría a engrosar el imperialismo de algún estado (en este caso, de los Estados Unidos), aunque ello no pudiera evitar que los núcleos sometidos nuevamente a colonización perdieran sus anhelos nacionalistas (en esta línea, por ejemplo, después de haber tenido que resignarse a conceder, hace bastantes años ya, la independencia a Filipinas, los Estados Unidos tratarán, en los últimos tiempos, de canalizar reivindicaciones muy concretas a través de la fórmula, por ejemplo, de convertir a Puerto Rico en estado libre asociado a la Unión norteamericana). Junto a estos independentismos, insistimos, se dibujaba el de las "pequeñas nacionalidades", especialmente europeas con trazos culturales muy peculiares y un pasado histórico rico y variado en el que apoyarse.

Asimismo no es posible confundir el movimiento nacionalista que se viene apuntando con la problemática dibujada, por ejemplo, por países más o menos exóticos (definición del moderno y poderoso Imperio nipón; tendencias decididas a formas plenas de autodeterminación y de no sufrir intervenciones foráneas, definidas de forma más o menos clara en puntos tan distintos como Afganistán, Siam, Persia, Egipto, etc., con poderosos residuos anacrónicos y parafeudales). Tampoco se trata de la invención, más o menos espontánea (o deseada por los interesados), de ciertas repúblicas, como la "fabricada" por los Estados Unidos –a beneficio fundamentalmente de sus particulares intereses– al crear el flamante estado de Panamá, a costa de Colombia, etc. Se trata de un problema más delicado y, de hecho, arraigado en las mismas bases de la ya antigua Europa. En dicho continente, que, tal como ha sido apuntado antes, ya en 1830 se produjo con éxito el movimiento separatista de Bélgica, se iban dibujando cada vez más, con mayor envergadura, fuerza y empuje, los fenómenos nacionalistas apuntados que, en buena parte, conseguirían positivas y favorables bazas a partir de la promoción, a costa de Turquía, de nuevas formas políticas y estatales que, con unos nombres u otros, constituirían los decididos embriones de las modernas Rumania, Bulgaria, etc.; asimismo, los movimientos, corrientes y tendencias apuntadas se reforzarían con fenómenos como el de que, por ejemplo, un país desarrollado como Noruega (al separarse, en 1905, de Suecia) se constituyera en el moderno estado independiente actual.

De esta forma, a lo largo y lo ancho del continente europeo, se vivían y se concretaban, cada vez con mayor vigor y decisión, los problemas, anhelos, ilusiones y reivindicaciones de irlandeses, de eslavos (en Bohemia, Moravia, Polonia, Servia...), etcétera; se reafirmaba el nacionalismo húngaro, etc., preparando todo ello, paulatinamente, un complicado "caldo de cultivo", que se uniría al creciente clima de contraposición y de recelos entre imperios o grandes potencias. De hecho, los mismos imperios y grandes potencias que, por su parte, creían totalmente incuestionable, inamovible e indiscutible su "sagrado" derecho a determinar zonas europeas e incluso a ejercer en ellas una labor de "integración", de clara intención centralizadora y con tendencia a apagar y destruir peculiaridades muy concretas.

Como es sabido, la contraposición entre los mencionados imperialismos y las tendencias nacionalistas de los "pequeños países" (checos, croatas, etc.) no dejaría de ocupar un lugar significativo en el desarrollo de la primera Guerra Mundial, entre 1914 y 1918, y sus consecuencias inmediatas. La mencionada contraposición tuvo su preludio, en parte y de forma bastante ostensible, tanto en las "pequeñas" guerras que precedieron a la primera gran conflagración mundial como en rebeliones o movimientos de protesta de tipo muy diverso (caso, por ejemplo, de la lucha política contra la "germanización" política y cultural de Bohemia y Moravia; aumento patente de las reivindicaciones magiares, insurrección de Macedonia en 1903; lucha, en la Polonia ocupada por el II Reich, contra la germanización creciente; acontecimientos muy diversos, complejos y de muy varios tipos en la zona de los llamados "países balcánicos": guerra entre Italia y Turquía, iniciada en 1911; guerra balcánica de 1912, etc.).

De este modo, en el estira y afloja que, en las últimas décadas del siglo XIX y los primeros lustros del presente, pareció presidir el juego –en muchos casos, violento y tenso– de los conflictos entre los grandes imperialismos y los "pequeños nacionalismos" se dibujaría una tendencia, que culminaría, tras la conclusión del armisticio de 1918, en la concreción de un nuevo y complicado mapa de Europa, cuajado –como complejo mosaico– de nuevos

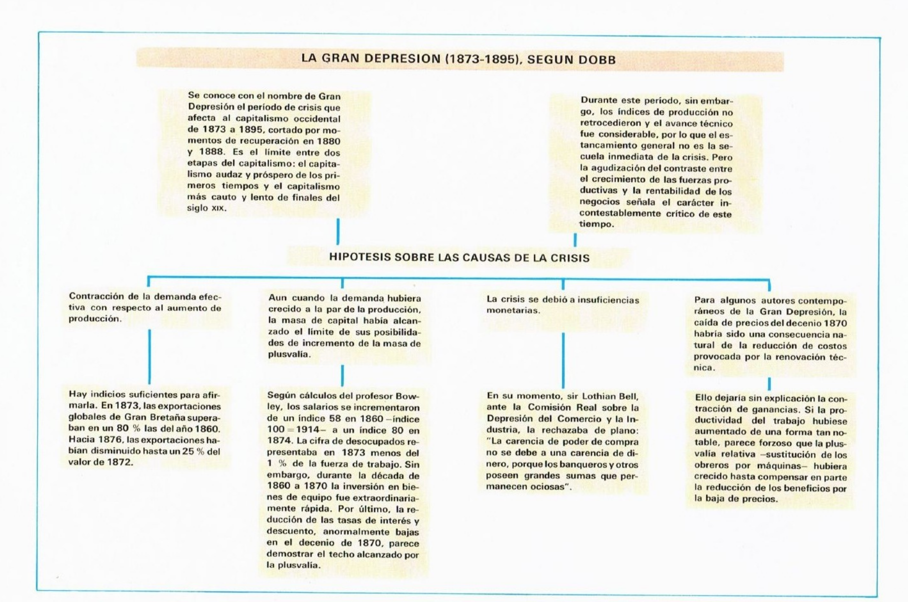
estados surgidos, en buena parte, gracias a un empuje nacionalista que consiguió, o bien reconstituir antiguas realidades históricas (Polonia), o ensanchar menguadas fronteras (Rumania, Grecia, etc.), o dibujar realidades estatales de carácter más o menos precario, como ocurriría, por ejemplo, con Checoslovaquia (uniendo Bohemia y Moravia con Eslovaquia), o con el difícil mosaico de Yugoslavia (con Servia, Croacia, Montenegro, Bosnia, Herzegovina, etc.), al tiempo que, tras nuevas tensiones y presiones, parte de Irlanda (el Eire, la república de Irlanda –la isla martirizada, con la arbitraria separación de los territorios del Ulster–) accedía asimismo a la independencia. Y en la misma línea pueden situarse los frutos "residuales" del hundimiento del Imperio de los zares, que, además de favorecer a países como Polonia, daría paso a la independencia de estados como Finlandia, Letonia, Estonia o Lituania.

En suma, vinculado a peculiares matices del liberalismo burgués, paralelamente a la expansión imperialista, la misma corriente, ideológica y revisionista, de base contribuiría –especialmente a partir de las últimas décadas del siglo XIX– a favorecer más y más el desarrollo de las tendencias representadas por los movimientos que históricamente se conocen como "nacionalismo de los pequeños países" o "pequeños nacionalismos".

A. J.



Eduardo VII saluda a los marinos franceses en 1905 (Biblioteca Nacional, París). Las buenas relaciones franco-británicas fueron madurando desde comienzos del siglo XX ante la política agresiva de Alemania.



nal". ¡Palabras algo duras también en boca del rey del acero!

Si los "grandes de la tierra", como Nobel y Carnegie, estaban así imbuidos de las ideas pacifistas, ya puede imaginarse lo que debía ocurrir con los pequeños, las almas sencillas, siempre dispuestas a dejarse influir por las corrientes nuevas del entusiasmo. Durante los primeros catorce años del siglo XX, anteriores a la Guerra Europea, se constituyeron innumerables sociedades pacifistas de mujeres, estudiantes, clérigos, universitarios, obreros y políticos. Se celebraron varios Congresos mundiales para la paz, se redactaron peticiones firmadas por millones de madres, se publicaron folletos a granel por las ligas, comités, uniones, alianzas y sociedades contra la guerra... Sobre todo hizo gran impresión un libro del inglés Norman Angell, traducido a todas las lenguas, *La Gran Ilusión,* probando que, por razón de la independencia del comercio moderno, la victoria de una nación en la guerra no sólo acabaría con el vencido, sino también con el vencedor. Pero mientras los pacifistas proponían la fórmula jurídica del arbitraje obligatorio, que según ellos había de acabar con la guerra, los políticos y jefes de estado de Europa se preparaban para atacar, o por lo menos para defenderse. La preparación consistía en alianzas más que en armamentos. Éstos también se aumentaban, pero cada potencia trataba de procurarse aliados para cuando viniera la ocasión de atacar o ser atacada. Fue una carrera a veces ridícula, siempre inmoral, ese juego de alianzas. De lo que principalmente se trataba era de aislar al enemigo, o problemático enemigo, porque en realidad nadie tenía gran empeño en atacar a nadie.

Es cierto que el "bizarro general" Boulanger había predicado la *revanche* y que en París se mantenían las estatuas de Estrasburgo y Metz de la Plaza de la Concordia cubiertas con crespón negro, pero alsacianos, loreneses y franceses se iban habituando a la separación y pronto se hubieran olvidado de su pasado común. Más bien los que no se habituaban a su reunión eran los alemanes, que no habían tenido la capacidad de organizar aquellas dos provincias, sobre todo Alsacia, como otro estado alemán, regido por un príncipe feudatario de Berlín e idéntico en

jerarquía a los demás de la Confederación Germánica. Esto hubiera satisfecho a los alsacianos más que la condición de súbditos, casi coloniales, en que permanecieron de 1870 a 1911, cuando se les concedió algo de autonomía.

El juego de las alianzas fue iniciado por Bismarck. Necesitaba tiempo para consolidar el Imperio que había logrado forjar con sus tres campañas contra Dinamarca, contra Austria y contra Francia. "Necesitamos que Francia nos deje en paz –decía–, y por tanto no debe tener aliados." Con esta idea empezó su primera combinación, llamada la Liga de los tres emperadores. El emperador de Alemania y el de Rusia eran tío y sobrino; fue fácil arreglar visitas cordiales entre los monarcas y convencer al ruso de que Francia era un peligro europeo al recaer en el régimen republicano después de cada experimento de restauración. Además, Prusia y Rusia no habían tenido guerras entre sí ni existían entre ellas reivindicaciones de frontera: ambas habíanse beneficiado del reparto de Polonia y las dos habían luchado contra Napoleón. Más difícil fue seducir a Austria: ésta había recibido pruebas de lo perverso que podía ser Bismarck cuando convenía a Prusia; el arreglo con Hungría que convertía a Austria en una Dual Monarquía prometía años de tranquilidad para la corte de Viena. ¿Por qué entrar, pues, en aventuras diplomáticas, sobre todo propuestas por Bismarck? La sola excusa era protegerse del terrible virus democrático que exhalaba Francia; si se repetían motines como los del año 1848, pronto no se podría bailar el vals en los jardines del Prater ni el cotillón en los salones del Hoff.

La Liga de los tres emperadores establecía que cada uno acudiría con 200.000 soldados a ayudar a cualquiera de los otros dos

Cañón montenegrino disparando contra las tropas turcas. La primera guerra balcánica se inició al romper Montenegro las hostilidades contra Turquía, contra la cual se lanzaron también Servia y Grecia inmediatamente después que Turquía declarara la guerra a Bulgaria.



EL MODERNISMO ARTISTICO

El modernismo fue una tendencia artística que apareció en Europa occidental en la década de 1880-1890 y, tras alcanzar el máximo esplendor hacia 1900 y mantenerse hasta 1905, inició su decadencia, para desaparecer prácticamente hacia 1910 y dejar algunos ecos que perduraron hasta 1914. Dentro de la tendencia general modernista debe destacarse que en diversos países hubo movimientos que se desarrollaron con caracteres propios y que recibieron denominaciones adecuadas a su personalidad. En Inglaterra fue llamado *modern styl;* en Alemania, *Jugendstil;* en Austria, *Secession;* en Francia y Bélgica, *Art Nouveau,* y en España, particularmente en Barcelona, "modernismo". Fue un arte unitario, influido por los conceptos de Ruskin, que pretendía reunir arte y artesanía como expresión de un naturalismo utilitario, como expresión opuesta al espíritu de la civilización industrial del siglo XIX. Las ideas ruskinianas y prerrafaelistas, asimiladas en Inglaterra por William Morris, elevaban las artes decorativas a una categoría artística que daba rara perfección al objeto elaborado.

En realidad, el estilo modernista –o ensayo de estilo, según algunos, porque no llegó a una "síntesis final"– logró reunir una serie de movimientos y fue algo más que una moda, ya que bajo un manto formalista definió y recogió ideas revolucionarias, deseos nobles y realizaciones en todas las ramas del arte. Frente al concepto del arte de la sociedad burguesa de fines del siglo XIX, frente a la "producción", surgió el concepto de "creación", que desarrollaron con gran nivel intelectual sus pintores, escultores, grabadores y decoradores en todas las artes. Entre el arte oficial y el vanguardista, el modernismo representó una tercera fuerza, tan alejada de los *pompiers* de la Escuela de Bellas Artes como de Matisse y sus *fauves,* o de las tendencias postimpresionistas de Cézanne y sus seguidores. Esto no excluye que las otras tendencias artísticas de la época hayan tomado en su vocabulario imágenes y el lenguaje de las formas del modernismo, del mismo modo que éste buscó el apoyo de los grandes precursores del siglo XIX: prerrafaelistas, Gauguin con su simbolismo, Munch, Whistler, Seurat, Toulouse-Lautrec, etc.

El modernista, con una base simbolista muy fuerte, tomará conciencia de su vocación y buscará en su obra la expresión tangible de una necesidad interior, de una emoción salida de un clima artístico que comunica a sus semejantes sus afinidades espirituales.

Como nos dice E. Langui: "El modernismo, como el simbolismo, es un fenómeno híbrido, a la vez anglosajón y latino, literario y ético, individualista e hipersensible; es, por otro lado, aristocrático y anárquico, pesimista y con la fe en un porvenir mejor donde el espíritu y la sensibilidad vencerán la trivialidad y vulgaridad de la vida cotidiana". En efecto, el ennoblecimiento de la producción industrial –ya prevista por Morris– se extiende por todas partes bajo los nombres de Mackmurdo, Van de Velde, Horta, Mucha, Gallé, Majorelle, Lalique, Tiffanys...

La arquitectura, el mobiliario, la joyería, la cerámica, todo, en fin, revela una inspiración floral y vegetal, presentada a veces en marquetería con diseño curvilíneo de latiguillos asimétricos, llameantes, que enmarcan el tema predominante de ninfas y hadas de largas cabelleras, junto a cisnes y lagos entre bosques. Apagada esta tendencia, quemada en una vulgarización y amaneramiento final, fue atacada y denigrada por los que sólo vieron en ella, como el vienés Adolfo Loos (año 1908), *"ornament und verhrechen"* (decoración y crimen) y por los que posteriormente la calificaron como "época de mal gusto".

Pero ha sido necesario que transcurriera medio siglo para que la sociedad actual tal vez, tras la revisión de escritores como Ráfols y Cirici, Bohigas, Cassou, Langui, Pevsner, etc., y aleccionada por las exposiciones de Barcelona (1964), Madrid (1969) y Ostende (1967), recuerde el elemento de fantasía que se desarrolló con el modernismo, su estructura y fascinación como huida del racionalismo crítico. Actualmente ha llegado el rescate crítico y, con el rescate, la moda, renovación y aprecio de dicho arte.

En la arquitectura de fines de siglo destacó ampliamente la gente joven: Otto Wagner, Antonio Gaudí y Berlage estaban en la edad plena de los cuarenta, pero Víctor Horta, H. van de Velde, Mackintosh, Hoffman y Olbrich no llegaban ni siquiera a esta edad.

Los precedentes más lejanos, Gaudí y Horta, edifican, el primero en Barcelona ya entre 1883 (Casa Vicens) y 1886-1889 (Palacio Güell), y el segundo entre 1887 (Casa del Pueblo en Bruselas) y 1892 (mansión de Víctor Horta) con el estilo moderno, años antes que el nombre de *Art Nouveau* aparezca en París (1895) al inaugurarse la tienda de Bing. Desde la Exposición de 1889 en París, el triunfo del nuevo estilo era ya un hecho. Los nombres de Héctor Guimard (muebles) y de Charpentier (muebles y bronces) son importantes, pero es en Nancy donde surgió el mejor foco con las iniciativas de Emilio Gallé, que elevó ya en 1884 las artes aplicadas a la máxima categoría artística en el vidrio y muebles, seguido de los hermanos Daum (1893) y de Majorelle (mueblista formidable) dentro de la forma primaria del modernismo. Otras figuras, como Van de Velde, adoptan la línea de forma asimétrica por abstracción, al que pronto se unen los alemanes Eckmann y Behrens.

En la Exposición de 1900 en París, el triunfo del *Art Nouveau* era muy importante (veinte grandes decoradores exhibieron allí sus muebles modernistas). Fue el momento de gran esplendor, cuando los grandes maestros acudieron con las mejores piezas y diseños. En joyería merece destacarse a René Lalique, genial diseñador que ya había causado sensación en su exposición de 1894 y mantenía su arte revolucionario y sensible de la joya en sus libélulas y demás insectos, sus ninfas aladas y sus formas florales estilizadas con esmaltes y pedrería, que influirían considerablemente en el barcelonés Luis Masriera. Pero, a partir de 1900, el gran apogeo modernista trajo consigo su propio fin.

A despecho de los esfuerzos de Meier-Graefe y sus colegas del establecimiento *Maison Moderne,* el nuevo arte dejó de ser limitado y al producirse en grandes cantidades disminuyó su calidad. Desmoralizados por la vulgarización de su trabajo, los más expertos creadores empezaron a experimentar en otras direcciones, y en 1902, con la retirada de Bing en París, y en 1904, con la muerte de Gallé en Nancy, el modernismo decae rápidamente, aunque Alfonso Mucha publicase sus *documents decoratifs* en 1902 y Georges de Feure, colaborador de Bing, realizase diseños de muebles, cerámica y tejidos.

M. G.

en caso de ser atacados. Bismarck, así seguro, trató en 1875 de provocar otra vez a Francia, pero la jugada era demasiado sucia y el zar hizo un viaje especial a Berlín para advertir a su tío que si Alemania recibía otro de los ataques de Francia que sabía procurarse Bismarck, Rusia no se consideraría obligada a participar en la guerra. Este paso en falso de Bismarck tuvo tremendas consecuencias, porque el zar comprendió las posibili-

dades de una alianza franco-rusa. La sola idea de una aproximación entre los gobiernos de París y Petersburgo hacía palidecer a Bismarck.

Por otra parte, era imposible mantener la Liga de los tres emperadores, porque las ambiciones de Austria y Rusia eran irreconciliables. Ambas tenían los ojos fijos en Constantinopla: Rusia para establecerse definitivamente en la antigua capital del Imperio bizantino, que le proporcionaría además la salida al Mediterráneo, y Austria para atravesarla con un ferrocarril que iría hasta Bagdad y permitiría su expansión hacia el Oriente. Esto último, que se llamaba el *Drang nach Osten,* parecía a Bismarck más fácil y más aprovechable para los mismos alemanes que la solución rusa. Los turcos, debidamente asesorados e intervenidos por teutones, podían quedar en Constantinopla como simples ujieres o porteros; en cambio, si los rusos se instalaban en la antigua Bizancio se dislocaba la secular estructura de la Europa occidental, cuya hegemonía tenía entonces Alemania. En consecuencia, sin más vacilar, Bismarck favoreció en cada conflicto de los Balcanes los intereses de Austria, hasta el punto de que, en 1885, Rusia, enojada, se retiró de la combinación de alianzas, disolviéndose entonces la Liga de los tres emperadores.



El zar de Bulgaria, Fernando I, camina por terreno conquistado por sus tropas sobre las armas y banderas capturadas al enemigo turco (Biblioteca Nacional, París).



La infantería búlgara en su lucha contra las fuerzas otomanas.

CRISIS, TRANSFORMACIONES INTERNAS DEL CAPITALISMO, PROSPERIDAD Y SUBDESARROLLO

La Gran Depresión, con sus bruscas caídas de precios y beneficios, impulsa la transformación de ciertos elementos del sistema capitalista, que desde entonces no dejarán de presionar, desde dentro, en pro de una reestructuración general del sistema.

"Esta mayor preocupación frente a los peligros de una competencia sin freno, sobrevino en un momento en que la creciente concentración de la producción, en especial en la industria pesada, estaba echando los cimientos para una mayor concentración de la propiedad industrial y el control sobre los negocios. En Norteamérica, el decenio de 1870 asistió al surgimiento de los trusts, ya de amplitud y estructura suficientes para suscitar la legislación antitrusts de fines del decenio de 1880 y la más severa Sherman Act de 1890, dirigida contra 'combinaciones para restringir el comercio' " (M. Dobb).

La competencia libre no crea el orden, sino el caos. Esta constatación será para el capitalismo fin de siglo el principio de la sabiduría y explica su inclinación por la limitación voluntaria de precios y producción y por los mercados protegidos o privilegiados.

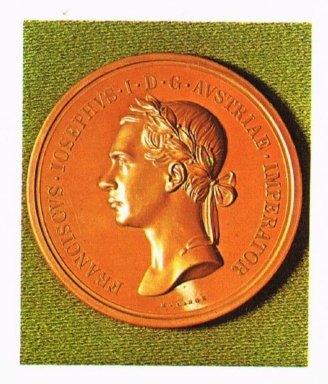
"En Inglaterra, poca duda cabe de que fueron el renacimiento de las exportaciones de capital y las oportunidades que abría el nuevo imperialismo los factores esenciales de la nueva fase de prosperidad entre 1896 y 1914. Este veranillo de San Juan hizo que el recuerdo de la Gran Depresión se borrase de los espíritus. Rehabilitó la reputación del 'free trade', deteriorada durante los años de depresión. Trajo renovada fe en que el destino del capitalismo era eternizar el progreso económico" (M. Dobb).

"Exportación de capital y de bienes de capital constituía un rasgo dominante de este capitalismo maduro, acicateado por la necesidad de encontrar nuevos campos de inversión. En el decenio de 1880 despertó un renovado sentido frente al valor económico de las colonias: despertar que se produjo con notable simultaneidad en las tres principales potencias industriales de Europa... La ampliación del campo de inversiones y la búsqueda de los estímulos de nuevos mercados para mantener el funcionamiento del equipo productivo a plena capacidad, la carrera por el reparto de las zonas no desarrolladas del planeta como territorios exclusivos y mercados privilegiados, pasarían rápidamente a la orden del día" (M. Dobb).

"Los países avanzados se interesaban por los países atrasados por tres razones: 1) buscaban en ellos fuentes de materias primas que pudieran venderse con provecho en el mercado internacional; 2) necesitaban salidas para sus inversiones, y 3) mercados para sus manufacturas. Estas tres exigencias se condicionaban y limitaban recíprocamente, de forma que la afluencia de capitales a los países atrasados no creó en ellos un sistema economicosocial semejante al que existía en los países avanzados" (P. M. Sweezy).

"Una de las características distintivas de la relación países avanzados-países atrasados es la distribución sectorial de las inversiones exteriores de los países exportadores de capital. Contrariamente a una impresión bastante difundida, y que economistas e historiadores de la economía han impulsado, la inversión en la industria propiamente dicha fue muy reducida hasta 1914... Casi toda la inversión exterior en los países atrasados afluyó hacia los préstamos gubernamentales —destinados en su mayoría a policía, ejército y obras públicas—, a los transportes y comunicaciones, a la minería y a la producción agrícola masiva" (id.).

"La inversión dirigida según estos criterios y la importación de productos industriales a bajo precio, sobre todo productos de consumo, impuso a los países atrasados un tipo especial de desarrollo. Las economías preexistentes fueron destruidas, se despojó a los campesinos de sus tierras y a los artesanos de sus medios de subsistencia. El capital indígena, que, aunque en pequeña cuantía, existía, afluyó al comercio y la usura, ya que el desarrollo de la industria nacional había sido bloqueado. Por una parte, el rápido desarrollo de las industrias de exportación, que interesaban a una pequeña minoría; por otra, estancamiento y decadencia que afectaban a la gran mayoría. La agricultura indígena sobre todo fue duramente afectada, ya sea porque las mejores tierras pasaron a los extranjeros, ya sea por la superpoblación del campo debida al aumento de la población y al repliegue de los artesanos urbanos sobre las áreas rurales" (id.).



Medalla de Francisco José I de Austria (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona), que por sus ambiciones sobre los países eslavos contribuyó a empeorar las disputas entre Turquía, Rusia y los estados balcánicos.

Para compensar la pérdida que ocasionaba la retirada de Rusia, se elevó a Italia a la categoría de aliada: hasta entonces Italia, fascinada por los progresos de Alemania, no había pasado de ser un satélite de la Liga de los tres emperadores. Pero la anexión de Túnez por Francia en 1881 y el temor de que ésta pretendiera restaurar el poder temporal del papa lanzaron definitivamente a Italia del lado de Austria y Alemania, firmándose en el año 1882 un tratado que formó las bases de la Triple Alianza. Se estipulaba en una de sus cláusulas que en caso de ser atacada sin provocación por Francia una de las aliadas, las otras dos acudirían inmediatamente a ayudarla con todas sus fuerzas.

Pero todavía logró Bismarck mantener una sombra de cooperación entre Alemania y Rusia hasta 1890. Ya no se trataba ahora de ayuda militar, sino de permanecer neutral y

de emplear su influencia para localizar el conflicto al ser atacada una u otra por una tercera. Pero la intervención de Alemania en Constantinopla, cada vez más descarada, pues enviaba generales a organizar el ejército y jefes de administración a modernizar el gobierno, se hizo intolerable al zar, quien empezó a buscar en París lo que había perdido en Berlín. En el año 1891 se concertó ya un primer arreglo que estipulaba que si una de las dos naciones, Rusia o Francia, "fuera amenazada de agresión por otra potencia, los gobiernos respectivos se pondrían de acuerdo respecto a la política que deberían seguir".

Aquel primer arreglo de 1891 se convirtió en una verdadera alianza entre Rusia y Francia, prometiéndose mutua ayuda en el caso de "ser una de las dos atacada por Alemania o una de las aliadas de Alemania, ayudada por Alemania". La escuadra francesa fue a Cronstadt y la rusa a Tolón, y ambas visitas fueron objeto de grandes fiestas. El propio zar fue en visita oficial a París, donde se le tributó un recibimiento entusiasta y se le hizo inaugurar un puente monumental sobre el Sena que lleva todavía el nombre de Alejandro. Así quedó cimentada la alianza franco-rusa, a la que Francia fue fiel hasta el punto de participar en la Guerra Europea de 1914, desencadenada en su origen por la rivalidad existente entre Austria y Rusia en el oriente europeo.

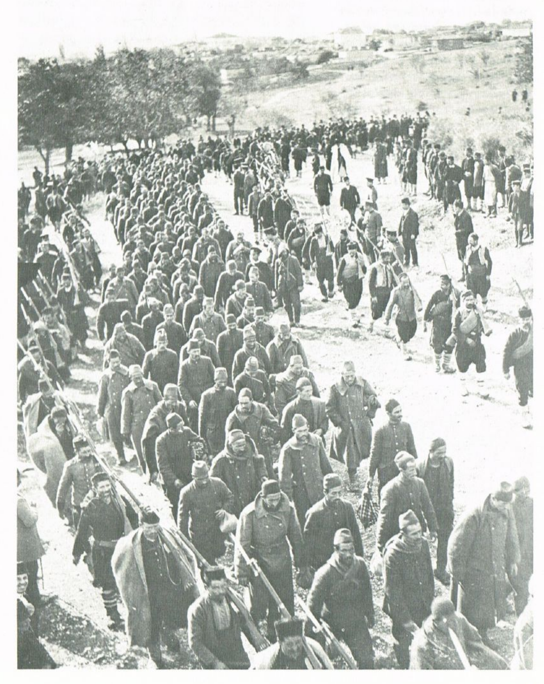
Mientras se tejían y destejían alianzas y contraalianzas en la Europa continental, Inglaterra permanecía a la expectativa, manteniéndose en lo que llamaba su "espléndido aislamiento". Bismarck le ofreció participar en varias de sus combinaciones en los años 1879, 1887 y 1889, pero los políticos ingleses no se dejaron seducir ni de nada valieron tampoco los viajes del káiser a Londres en 1889 y 1901 para visitar a su abuela la reina Victoria. En cambio, los primeros incidentes de la transacción Egipto-Sudán-Marruecos aproximaron Inglaterra a Francia. A la muerte de la reina Victoria, el nuevo monarca Eduardo VII, que como príncipe de Gales había vivido largas temporadas en París y era francófilo, hizo avanzar un paso más la aproximación con el arreglo llamado *Entente Cordiale*. La primera fórmula de la *Entente*, redactada en el año 1904, no hacía más que liquidar antiguas disputas coloniales, como la de las pesquerías de Terranova, los límites de Siam, del Níger y Guinea. Pero ni siquiera se mencionaba la obligación de ayuda militar en caso de conflicto.

Así estaban, pues, las piezas sobre el tablero en 1914. Del lado de la Triple Alianza, la completa y formal alianza de Alemania y Austria, con la asistencia prometida a Italia y la recíproca por parte de ésta, pero sólo en



El sultán Mohamed V de Turquía (Palacio de Topkapi, Istanbul). Proclamado sultán en 1909, se vio mediatizado por la política de los Jóvenes Turcos; tras los descalabros de Tripolitania y de la guerra de los Balcanes, llevó a su país a intervenir en la primera Guerra Mundial.

Prisioneros turcos custodiados por soldados búlgaros. El ejército de Bulgaria llevó el peso principal de la contienda en la primera guerra balcánica.

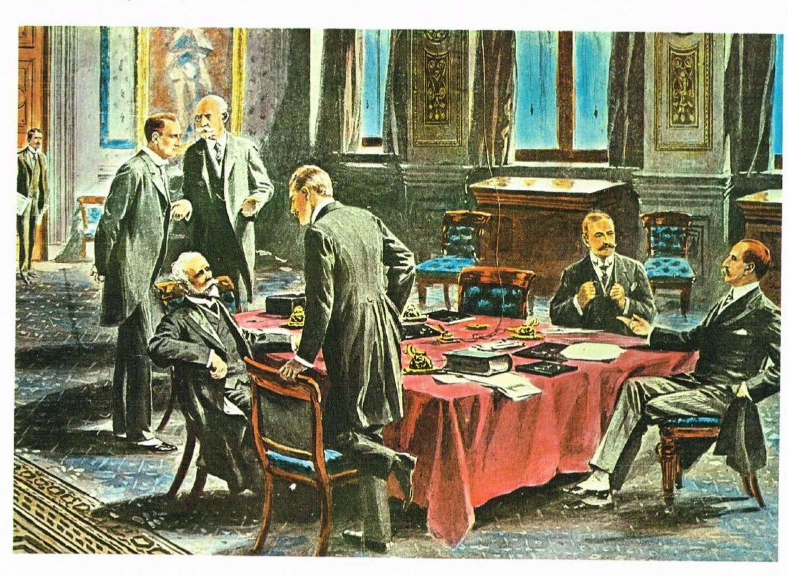


caso "de ataque sin provocación por parte de Francia". Del lado de la Triple Entente, la completa y formal alianza entre Rusia y Francia, con la promesa de ayuda moral y hasta material por parte de Inglaterra, caso de ser Francia atacada por Alemania. Era hasta cierto punto un equilibrio europeo de poder que parecía asegurar largos años de paz, mantenida, si no por mutuo afecto, por lo menos por temor.

La profecía de que los Balcanes serían la "mecha encendida que haría saltar el barril de pólvora de Europa" se realizó cumplidamente en 1914. Para comprender la profecía y su realización hay que recordar que la región limitada entre los Cárpatos, los Balcanes y el mar Negro está ocupada por una serie de grupos nacionales de la más variada procedencia, raza, lengua y religión. Algunos se establecieron allí en la más remota antigüedad, otros llegaron durante la época bizantina, otros a remolque de los turcos. Pero el hecho de haber estado durante siglos sujetos al Imperio bizantino o turco no hizo necesaria una exacta delimitación de fronteras y las diferentes nacionalidades se infiltraron en territorios ocupados por gentes de otro origen. Todavía después de haber recibido completa independencia y haberse fijado sus fronteras, casi científicamente, por expertos delegados de las grandes potencias, ajenos a las pasiones locales, servios, búlgaros y rumanos se querellaban por causa de los límites que se les había asignado. Por lo pronto, los servios y los croatas son eslavos, hablan una lengua parecida al ruso y pertenecen en su mayoría a la Iglesia de rito griego. Los búlgaros son, como los turcos y magiares, de origen mongólico, aunque muy metamorfoseados y con una lengua eslava, y su religión es la ortodoxa. Los rumanos son latinos, descendientes de colonos establecidos en la desembocadura del Danubio por Trajano, y algunos de ellos profesan la religión católica... Los macedonios y albaneses son de raza helénica y caucásica, disputados por griegos, búlgaros y servios...

A fines del siglo XIX todos estos pueblos eran todavía indómitos y belicosos, incapaces de cooperación. Sin un déspota, como por tantos años había sido Turquía, era lógico que por cierto tiempo estuvieran sujetos a la tutela de algún vecino capacitado para vigilarlos e impedir las luchas intestinas. Éste hubiera tenido que ser Austria: dentro de la Dual Monarquía había importantes

Conferencia de Londres (16 de diciembre de 1912 a 2 de febrero de 1913), reunida a petición de Turquía. Como sus miembros no llegaron a ponerse de acuerdo, el día 3 de febrero de 1913 se reanudaron las hostilidades (grabado de la Biblioteca Nacional de París).



UN DERECHO INTERNACIONAL AFRICANO: EL CONGRESO DE BERLIN

La colonización del África Ecuatorial.

Desde 1785, el explorador francés Savorgnan de Brazza recorre los territorios situados entre el Gabón y el Congo y toma posesión de ellos en nombre de Francia.

En 1879-1881, Stanley, al servicio de Leopoldo II de Bélgica, remonta el curso del Congo y trata con los jefes indígenas que se someten a la autoridad del monarca belga.

En 1884, Portugal con el apoyo diplomático de Inglaterra reivindica la posesión del estuario del Congo.

Ocupación del Camerún por Alemania.

A finales de 1884 es convocado el Congreso de Berlín para dirimir los conflictos entre las potencias colonizadoras en África Ecuatorial.

Reconocimiento de la independencia del Congo bajo la soberanía de Leopoldo II.

Fijación de las fronteras de Angola al sur de Matadi. En la orilla derecha del Congo, Portugal conserva sólo las ciudades de Landana y Cabinda.

Confirmación del protectorado de Alemania sobre Camerún.

Francia recibe los territorios explotados por Brazza y ciertos derechos sobre el Congo.

Cualquier territorio africano será reconocido como posesión legítima de un país europeo con las siguientes condiciones:

La toma de posesión será comunicada inmediatamente a todas las potencias representadas en el Congreso.

Los países colonizadores deben establecer en sus posesiones una autoridad suficiente para hacer respetar sus derechos a los indígenas y a cualquier otro país.

Se concede a las potencias instaladas en la costa el dominio del interior hasta los límites de cualquier otra zona de influencia.

grupos de eslavos, verdaderas naciones como Bohemia y Croacia, que por ser eslavas eran tan extrañas a Austria como a Hungría. Por cierto tiempo pareció incubarse en Viena y Budapest la ambición de absorber todos los eslavos del Sur, anexando a Servia, y hacer otra unidad monárquica con el mismo jefe de estado de la Dual Monarquía. Así, el Imperio austríaco se hubiera convertido en un Imperio danubiano, compensándose con la entrada de los eslavos del valle del Danubio la segregación de los alemanes del Norte, que definitivamente habían sido incorporados al Imperio germánico de Berlín. El Imperio austríaco-húngaro-servio hubiera reunido tres coronas con un solo emperador, y el Danubio hubiese sido para ellos no sólo una arteria fluvial, sino también un símbolo, como lo era el Rin para los germanos del Norte. Pero aunque el deseo de esta reorganización danubiana hubiera sido muy ferviente en Viena y Budapest –que no lo era–, el proyecto habría fracasado por la acción desmoralizadora de Rusia.

Los rusos se consideraban como hermanos mayores de los eslavos, tanto balcánicos



Entrada de las tropas servias en Novi-Bazar. Después de establecida la paz entre los estados balcánicos y Turquía, Servia y Bulgaria se pelearon por el reparto del territorio conquistado, dando así lugar a la segunda guerra balcánica. Servia fue ayudada por los demás estados balcánicos y Bulgaria resultó vencida y reducida a unos límites casi idénticos a los que tiene hoy.



Oficiales del ejército otomano (Biblioteca Nacional, París).



como danubianos, y reconocían como un deber el sostener su independencia. Ocioso es decir que los pueblos balcánicos se aprovechaban de la rivalidad de Austria y Rusia en protegerlos: podían contar con Austria cuando Rusia aparecía demasiado exigente en cuestiones dinásticas y religiosas, y podían contar con Rusia cuando Austria exigía tratados comerciales que constituían verdaderos monopolios.

Sin embargo, es posible que Austria no hubiese salido del sopor en que la dejara la pérdida de su preponderancia imperial en Alemania a no ser por las llamadas guerras balcánicas de 1912 a 1913. Un año antes, en 1911, Turquía, atacada por Italia, había tenido que ceder lo que le quedaba de soberanía nominal en la costa del norte de África (Trípoli y Cirenaica). Esta, más que derrota, humillación de los turcos reveló a las naciones balcánicas que no tenían nada que perder si ellas atacaban también a sus antiguos opresores. Siempre alentados por Rusia, que garantizaba su absoluta inmunidad en el caso remotísimo de desastre, servios, búlgaros, griegos y montenegrinos coligados declararon la guerra a Turquía y en pocas jornadas llegaron a las puertas de Constantinopla. Pero haciendo honor a la condición de pueblos balcánicos, ya no pudieron ponerse de acuer-



Convoy de heridos cruzando los Balcanes durante la segunda guerra balcánica, según acuarela de G. Scott (Museo del Ejército, París).

do al repartirse el botín: Bulgaria, que había llevado el peso de la campaña, pedía la parte mayor, y Servia, sin tanta razón, no quería pasar por menos. Servios y búlgaros, que habían peleado heroicamente contra los turcos en 1912, guerrearon entre sí con igual furor en la segunda guerra balcánica de 1913. En ella participaron para ayudar a Servia contra Bulgaria las demás naciones balcánicas que el año 1912 habían colaborado en la lucha. El resultado fue despojar a Bulgaria de casi todo lo que había conquistado y engrandecer a Servia hasta el punto de hacerla la potencia predominante en los Balcanes. Mas para convertirse en la Gran Servia necesitaba acceso al mar. Esto la emanciparía enteramente, y con una Servia fuerte se desmoronaría el proyecto de la Confederación Danubiana, que tenía que incluirla como un vasallo o confederado de Austria y Hungría. Por tanto, al hacerse la liquidación de los territorios liberados de los turcos durante las guerras balcánicas, Austria insistió en que se formara un estado nuevo, Albania, que se interpondría entre Servia y el Adriático. Albania debía formar un reino con un príncipe alemán que sería aliado de Austria. Con Albania por el Sur, Hungría por el Norte, Bosnia y Herzegovina (también eslavas, pero anexadas por Austria en 1908) por el Oeste y Bulgaria el Este, Servia, la ambiciosa y decidida Servia, quedaba bloqueada, enclavada dentro de territorios sujetos a Austria.

De momento no manifestó Servia gran irritación, pero con táctica verdaderamente balcánica permitió que se organizaran sociedades secretas para boicotear a Austria. Llevaban nombres bien expresivos: "Acción revolucionaria", "Mano negra", "Unión o muerte". Estas sociedades terroristas tenían ramificaciones en las provincias anexadas por Austria, lo que explica que cuando el archiduque heredero del Imperio austríaco pasó a Sarajevo, capital de Bosnia, para hacer el gesto de sellar con su presencia la anexión definitiva de aquellas provincias, él y su esposa fueran asesinados por los terroristas.

Ésta fue la chispa que inflamó la mecha que hizo volar el barril de pólvora de Europa en 1914. Pero el barril estaba cargado, se venía llenando de explosivos desde hacía muchos años por la inconsciencia o mala voluntad de los gobernantes, y la explosión tuvo que ser formidable.

BIBLIOGRAFIA

Arvon, H.	*L'anarchisme,* París, 1950. Existe edición catalana (1965) con apéndice hispano, por C. Martí.
Baumont, M.	*L'Europe de 1900 à 1914,* París, 1967.
Belof, M., y otros	*Histoire de l'Europe. L'Europe du XIXe et du XXe siècles* (2 vols.), París-Milán, 1964.
Cole, G. D. H.	*Introducción a la historia económica (1750-1950),* México, 1957.
Chapey, J.	*L'histoire générale de la civilisation d'Occident de 1870 à 1950,* tomo I: *1870-1914,* París, 1950.
Droz, J.	*Histoire diplomatique de 1648 à 1919,* París, 1952.
Duroselle, J.-B.	*Europa. De 1815 a nuestros días. Vida política y relaciones internacionales,* Barcelona, 1967.
Fohlen, C., y Buratteau, J. R.	*Textes d'histoire contemporaine,* en la colección "Regards sur l'histoire", dirigida por V. Tapié, París, 1967.
Gollwitzer, H.	*Europe in the Age of Imperialism, 1880-1914,* Harcourt, 1969.
Grimberg, C.	*El siglo del liberalismo,* Barcelona, 1968.
Henry, P.	*Le problème des nationalités,* París, 1957.
Huiller, F. de L'	*De la Sainte-Alliance au Pacte Atlantique. Le dix-neuvième siècle (1815-1898),* Neuchâtel, 1954.
Joll, J.	*Los anarquistas,* México, 1969.
Kertesz, G. A.	*Documents in the political history of European Continent, 1815-1939,* Londres, 1968.
Laski, H.-J.	*El liberalismo europeo,* México, 1953 (2.ª ed.).
Milza, P.	*Les rélations internationales de 1871 à 1914,* París, 1968.
Mommsen, W. J.	*La época del imperialismo (1885-1918),* Madrid-México, 1971.
Morazè, Ch.	*El apogeo de la burguesía,* Barcelona, 1965.
Renouvin, P.	*Histoire des relations internationales,* tomo VI, París, 1957.
Schnerb, R.	*El siglo XIX. El apogeo de la expansión europea (1815-1914),* en "Historia General de las Civilizaciones", vol. VI, dirigida por M. Crouzet, Barcelona, 1960.
Weill, G.	*L'Europe du XIXe siècle et l'idée des nationalités,* París, 1937.



Pedro I Karageorgevich, rey de Servia (Biblioteca Nacional, París). Elegido rey en 1903, tomó parte en las guerras balcánicas y después fue nombrado rey de los yugoslavos hasta 1921.